



### CAPÍTULO XIII.

---

#### EL PÚBLICO Y LOS BENEFICIADOS

**R**OMERO del Campo se preparó un beneficio para él y otro para María del Carmen apenas había dado algunas funciones.

Romero agotó los recursos de lo que él llamaba su dignidad de artista, para que el público ilustrado tuviera la bondad de hacer justicia á su mérito.

Mandó imprimir, sobre vitela, una docena de rimbombantes dedicatorias, con el carácter de *exclusiva* cada una de ellas: en-

vió una *al comandante de las armas*, otra *al gobernador*, otra *al español más rico del comercio*, y así las demás á las personas más notables y acomodadas.

En los carteles dedicó la función á los artesanos, á la guarnición, al comercio, á los españoles, á los potosinos, al bello sexo y al ayuntamiento.

Envío las localidades bajo cubierta y rotuladas á cuantas personas fueran capaces de hacer el sacrificio de ir al teatro por no hacer una descortesía; y cuantas localidades le devolvían otras tantas rotulaba de nuevo; pues como hombre de experiencia había comprado tres sobres para cada invitación.

—Es necesario moverse, decía ya fatigado de haberse movido tanto. En primer lugar, que hablen mucho los periódicos: rogar á los redactores que admitan mis párrafos en que pruebo con hechos que soy un artista nacional y que Talma será más antiguo pero no mejor que yo. Que los periodistas desquiten su luneta lo menos con ocho párrafos laudatorios y preventivos.

En segundo lugar, enviar las localidades, y si las devuelven, otra cubierta y á otro, hasta llenar la casa; y las últimas mandarlas á las siete de la noche para que no haya lugar á devolverlas.

No olvidar la música de viento.

Dos docenas de pichones.

Diez pesos de flores.

Seis clases de poesías arrojadizas, de diferentes autores.

—Pico, mira á N. para que vea á H. para que le ruegue á R. que escriba una poesía para mi beneficio. Corre la voz de que todo el teatro está tomado, y de que ya no se consiguen localidades por ningún precio. Pide al ayuntamiento permiso para colocar sillas en el *patio*.

—¡Pero si no se han vendido ni veinte boletos!

—¡Inocente! pidiendo esa licencia, el público se mueve; todos creen que ya no hay asientos y entonces es cuando á todos les ocurre tener asiento, porque mientras los hay no los piden.

—¡Ah! ya caigo.

—Eres bisoño; yo llevo catorce años de pisar las tablas y sé mover las teclas; y el público hace justicia á mi mérito, porque yo no pido más que justicia, ó me quito el nombre. El público tiene el deber de recompensar dignamente los afanes del arte, y yo soy un artista nacional con orgullo, porque le doy honor á la carrera, y levanto la frente, porque sé cumplir con mis deberes de artista caballerosamente y sin bajezas, ni farsas, ni humillaciones. Rotula, Pico, esos palcos.

—Espero pluma en ristre.

—Señor doctor don Luís....

—No es doctor.

—No le hace; y á este otro: *Señor Licenciado*....

—Ya caigo, dijo Pico; y al Coronel *Señor General D*....

—Eso es, hombre; no piensas en que por enseñar la cubierta no devuelven la localidad?

—Tienes mucha razón.

—Conozco á mi gente.

—Y yo no acabo de conocerte á tí, pensó Pico.

—Haz colocar mi retrato en el pórtico, tres días antes de la función.

—Y después de todo esto, ensayamos? preguntó Pico.

—No, ¡qué ensayar! lo primero es *mover el beneficio*, hacer ruido, *embullar* lo más que se pueda, porque es necesario que se haga justicia.

—Pero el drama va á salir detestable.

—Yo lo salvo, ya sabes que con mi aplomo.....

—Sánchez no quiere hacer el papel.

—Suprimimos el papel.

—¡Pero hombre!

—¿Y qué importa un personaje más ó menos? No tiene más que medio pliego el papel.

—Pero ya está en el reparto.

—Pues que las palabras que debía decir Sánchez, las diga Salazar.

—Pero Salazar y Sánchez tienen un diálogo.

—Vuélvelo monólogo.

—Es que pelean.

—No le hace, que riña Salazar consigo mismo.

—Y se batan.

—¿Se batan?

—Sí.

—Pues *atájale* al original, échale ábajo todo eso, es *muy pesado*, no hace falta la escena, es una barbaridad del autor.

—Bueno, dijo Pico y agregó: dice el maquinista que no hay plaza de San Marcos.

—¿Pues qué hay?

—Nada más selva corta.

—Pues esa.

—Es que en el original dice «*en esta plaza.*»

—Corrijelo y pon «*en esta selva corta.*»

—Bueno; y no hay trajes más que para cuatro comparsas y tú pides doce.

—Por supuesto. ¿Cómo en una función de visualidad, en función de beneficio mío habían de salir cuatro comparsas?

—¿Pues cómo se visten?

—¿Hay cuatro trajes?

—Nada más.

—¿Son guerreros?

—Sí.

—¿De armadura?

—Sí.

—Pues los otros ocho de blusa; ahí debe haber ocho blusas coloradas.

—¿Pero en Venecia? ¡hombre!

—¡Qué sabe el público! el caso es que haya mucha gente y mucha visualidad sobre las tablas, que se me llene el foro, para que cuando yo salga con la bandera....

—Y á propósito ¿cómo es esa bandera?

—La bandera nacional.

—¿Tricolor?

—Sí, hombre, no ves que es función de beneficio y al verme empuñando la bandera y nacional, el público se entusiasma, porque le toco la fibra del patriotismo, y aplaude entonces vienen bien los versos y las coronas.

—No había caído en cuenta; quiere decir que no se hace la bandera como lo dice el autor.

—No, hombre; ahí tenemos bandera, y en tratándose de bandera que entusiasme, pues la mexicana, chico, la bandera de mi querida patria.

—Sí, es cierto.

—Vas á ver qué beneficio, como yo acostumbro, espléndido, como para un hijo del país.

Pico obedeció fielmente á Romero.

—Es necesario, agregó éste, que yo interrumpa la representación en la escena aquella en que me presento con la bandera.

—¿Para qué?

—Para leer mi poesía, para dirigirme al ilustrado público potosino y excitarlo á que premie mis afanes de artista nacional.

—¡Lástima de escena!

—¿Qué estás diciendo? ¡bárbaro!

—Que le quitas todo el efecto á la pieza.

—Tú no sabes nada, hijo mío, no tienes intuición dramática! no conoces los grandes efectos teatrales de visualidad y sensación: ese momento que tú crees precioso para la comedia, lo creo yo á propósito para diri-

girme al público con mis versos; ya sabes que sé darles la entonación dramática y el brío necesario, y sobre todo, que con esos versos he arrancado siempre nutridos aplausos.

—Hazlo todo como quieras. ¡Ah! me pregunta el corneta-pistón qué clase de toque ha de dar por dentro cuando se anuncia el triunfo.

—¡Pues qué toque ha de ser, hombre! ¿Es de triunfo? pues diana.

—¿Pero en Venecia?

—Pero se trata del beneficio; y en mi beneficio todo lo nacional; ya sabes, yo amo á mi país sobre todo, y soy gloria del arte.

—¡Está bien, hombre! ¡está bien!

—Conque listos, á *mover el beneficio*, que no nos quepa la gente; mucha visualidad, mucha bullanga y mucha conciencia para el trabajo: á recoger laureles y pesetas.

Romero salió á la calle; á la puerta de su casa encontró una persona.

—Vaya usted con Dios, señor licenciado, ¿á dónde bueno? le dijo Romero.

—Al tribunal, señor Romero.

—¡Bien! y á propósito ¿ya tiene usted localidad?

—¿Para qué?

—¡Cómo para qué? para la gran función de mi beneficio.

—¿Cuándo?

—¡Hombre, licenciado, pues es usted el único que lo ignora en todo San Luís! ¿Cómo cuando? pasado mañana; yo mismo he rotulado la invitación de usted, porque ¿cómo había usted de faltar á mi función de gracia? ¡pues no faltaba más! No señor, los amigos por delante, señor licenciado; ¡ya verá usted qué función! ¡no se ha visto jamás en el teatro cosa igual, va á hacer época! Amigo, si yo sé mover las teclas y disponer una función mónstruo de gran visualidad, de gran interés dramático, de gran mérito artístico y digna del ilustrado público.

—Pues tendré mucho gusto.

—Lo espero á usted sin falta.

—¡Bueno! allá nos veremos.

—Hasta pasado mañana, licenciado.

—¡Hola! señor Romero, ¿qué dice esa función? le dijo un español á Romero.

—En manos de ustedes los españoles, los hijos del Cid, los padres de la literatura dramática nacional, ustedes dirán, yo he dedicado mi función á los españoles; vamos á ver cómo se portan; yo no comprometo á nadie ni veo más interés que la gloria del arte y el crédito de cultura de que goza esta sociedad.

—¡Bueno, Romerote, bueno! por mi parte ya sabe usted que la tienda y el dueño están á sus órdenes. Véngase á tomar una copa de Jerez seco superior que acabamos de recibir de Tampico.

—¡Pero hombre!

—Nada, nada, á salud del beneficio.

Romero fué á tomar la copa de Jerez.

—Aquí está el beneficiado, dijo otro español.

—¿Qué hay, don Pancho? ¿qué tal?

—Aquí dándole; ¿y ese beneficio qué tal va?....

—Como en mano de los españoles; ya se deja entender que no habrá un asiento vacío pasado mañana; no por mí sino por la gloria del arte, y porque mi señora nació en la tierra de ustedes.

—No parece española.

—Pues no me cabe duda.

—Pues allá vamos á silbarle á usted, Romerote; llevaré á mis muchachos armados de pitos ó de llaves; ya tengo la mía, vea usted.

—Todavía no me sucede un percance de ese género; ¡Dios me libre! sobre que por eso me mato en el trabajo; soy esclavo del estudio y.... ya ustedes lo ven ¡qué servicio de escena! ¡qué visualidad!

—¡Ah! sí.... sí.... dijeron los españoles de la tienda.

—A su *salú*, Romero.

Y el patrón apuró su copa en unión de Romero y de los otros amigos.

Romero siguió después haciéndose presente en todas partes y *alborotando su beneficio* hasta el momento de levantar el telón;

saliéndole todo á pedir de boca y tal como se lo había figurado; aunque en el último resultado pecuniario sacó en limpio que más había sido el ruído que las nueces.

FIN DEL TOMO I.